

Boceto

«Un mensajero galopaba velozmente hacia el castillo del Rey. A pesar de la prisa que llevaba, vio que la plaza exudaba alegría, como si su cuerpo lleno de color quisiera derramar brochazos de pintura que inclementes caían a gotas sobre lo más caliente del camino por donde otrora los fieles transitaban sin descanso en busca de redención, pero eso no le impresionó. La noticia que traía era más importante que todo lo que veía. Sin embargo, cuando vislumbró al viejo pintor, cuyo pincel, a lo lejos, sobre un lienzo escribía, se detuvo. Su corcel, agradecido, relinchó mientras se acercaban al artista. El mensajero, atónito, lo saludó pensando que era su Rey, aunque su barba lucía un poco desaliñada y le faltaba la corona.



El pintor, sin mirarlo siquiera, se detuvo por un momento. La nostalgia lo invadió. Tantos años y todavía conservaba la esperanza. Sus obras, antaño juveniles y llenas de alegría, palidecían en la sombra a la espera de ser apreciadas. El tiempo parecía haber avanzado en busca de significado, pero él, encorvado desde hace tiempo, no lo había notado. Solo su barba desmentía su triste sonrisa. Aquella que a fuerza de pinceladas, había sido desgastada en la soledad de su estudio.

Su lugar preferido, a espaldas de la fuente, le daba serenidad y sosiego. El trinar de los pájaros rivalizaba con el ritmo sincopado y apacible de los chorros de agua que, interrumpidos por el canto de los juglares, recreaban fielmente la musicalidad de un poema, aún más armoniosa que la de un desgastado laúd. Esto alimentaba su espíritu más allá de cualquier entremés. Siempre de pie, con la sonrisa a flor de labios y su bastón a un lado, se distinguía del resto que apenas volteaba a verlo, como si no existiera o quizá como un personaje secundario de sus pinturas, a la espera de un conocedor que con su mirada lo trascendiera y, ¿por qué no?, lo elogiara en vida.

Se secó el sudor de la frente, impasible, llena de arrugas y de esfuerzos hasta ahora estériles, pero cargada de experiencias visuales que golpeaban sus sienes en busca de una cofradía y, aunque aún no lo sabía, su suerte pronto cambiaría.

Lentamente, retomó el pincel y lo acercó al lienzo. Esperó sin saber por qué. Aunque la mano le temblaba, su corazón latía sin perder el ritmo; como un atardecer que paulatinamente da paso a la noche, así sus pinceladas dieron vida a la tela inmaculada. Un rostro emergió de la nada. Sus ojos despertaban la curiosidad de los presentes. Su mirada, más profunda que el vacío, parecía invitar a los transeúntes a recrearse en él. La atracción fue creciendo conforme la oscuridad ensombrecía con su manto hasta los rincones más ocultos, aquellos donde no entra ni el sol ni la mañana.

Ávido por continuar, colocó otro pincel en la otra mano. Esta vez, las pinceladas se cruzaban con pasión, perdiéndose en las orillas de la tela. El rostro, antes efímero y de grandes ojos, dio paso a una imagen fantasmal. La alegoría, ahora disfrazada de surrealismo, no encajaba con su viejo estilo. Pronto, comenzó a desdibujar lo trazado, buscando el camino ya trillado, pero la sorpresa lo congeló de improviso. Los aplausos no lo dejaron continuar. Todos querían saludarlo, exaltados de tan maravilloso resultado. Sentían orgullo de haber presenciado el nacimiento de un boceto. Eran ellos los que se habían plasmado, quedado atrapados en el lienzo, como verdaderos personajes de una obra de arte.

Después de escuchar los aplausos, se inclinó agradeciendo los elogios. En él nada había cambiado. Su personalidad era la misma. Sin embargo, su barba, antes descuidada, parecía retocada. Los colores cubrían su blancura antes uniforme. Sin decir palabra, volvió a retomar el lienzo y, en una sola pasada, su obra, antes aclamada, fue repintada.



Poco a poco vio como aquellos que de pronto le aplaudían, sin despedirse, su camino seguían. No entendía lo sucedido. Una línea sobresalía en su pintura, marcando sin querer su nuevo destino.

Ese día, diferente de otros, sería recordado para siempre.

Mientras tanto, el mensajero llegaba al palacio y entregaba la noticia.

“¿Por qué tardaste?”, le reclamó el Rey, ordenando su decapitación.

Todos guardaron silencio, temerosos, esperando que el Rey terminara de leer.

“¿Quién fue este?”, preguntó el Rey, apuntando al rostro fantasmal desdibujado en la tela mientras lo mostraba.

“Su mejor filósofo”, contestó el bufón de la corte.

“Con razón perdimos la guerra”, afirmó el Rey, quemando el reporte del frente recién derrotado, escrito encima del boceto.

Como en otras ocasiones, todos rieron celebrando la ocurrencia de su amado y bendecido Rey. Naturalmente, debían hacerlo. Preferían conservar la cabeza, aunque el boceto perdieran».

Un joven pintor, de espaldas a la fuente, cerró su pequeño libro de historietas. El cuento anterior, que acababa de leer, parecía reflejar sus vivencias. Guardó el libro y se descubrió la frente, quitándose momentáneamente la gorra blanca que lo distinguía de los demás. Aún desconcertado, se llevó la mano a la cabeza y acarició su cabello ensortijado, rebelde como él, que evitaba lo fácil y trillado.

Aunque no creía en coincidencias, no podía negar la semejanza de pensamientos que a diario lo inquietaban. Se sorprendió al constatar que a pesar de que habían transcurrido cientos de años, la búsqueda por lograr la excelencia continuaba. La necesidad por trascender seguía incólume. Sus reflexiones fueron interrumpidas al escuchar las campanas que repicaban llamando a misa, recordándole que pronto oscurecería. Era sábado y las ventas aún no alcanzaban lo esperado. Sin embargo, entre sus labios se esbozó una sutil satisfacción, la cual desplazó la mueca que aún distorsionaba su rostro y, mientras veía volar decenas de palomas que buscaban impetuosas el árbol seco a su lado, recordó que temprano, por la mañana, su obra más querida, "Boceto", había sido adquirida por un viejo filósofo, autor del cuento que recién había leído. Eso bastó para alimentar su orgullo y finalmente sonrió, pensando para sus adentros que el arte, como la vida, debe disfrutarse cada día.

A su alrededor todo era alegría. La música de un viejo laúd, reminiscencia del pasado, le hacía compañía al desgastado organillero cuyo mono de trapo imitaba al original, que trataba de seguir el ritmo saltando toscamente alrededor de la manivela que lo sostenía.

Era fin de día, y, al compás de la armonía, recogió los cuadros que exhibía.